

y que estos decidieron que no estaba obligado á su juramento, porque era contrario á su obligacion para con el rey su señor, la cual era superior á todas las demas, y que al rey tampoco le ligaba aquel juramento por haberse hecho sin noticia ni intervencion

suya.» *Vitæ Illustr. Vir. Lib. I.*
—Si así fué, no sería muy de aplaudir la moralidad de los letrados, pero en Gonzalo rebajaría mucho el cargo y la responsabilidad de violador de su propio juramento.

CAPITULO XVII.

GUERRAS DE ITALIA.

GONZALO DE CORDOBA EN NAPOLES.

De 1502 á 1503.

Défectos del tratado de particion.—Pretensiones de los franceses.—Rompimiento entre franceses y españoles.—Generales franceses: el duque de Nemours; Aubigny; Luis de Ars; Ivo de Alegre; Chabannes: el caballero Bayard.—El Gran Capitan se retira á Barletta.—Célebres combates caballerescos.—Triunfos de los caballeros españoles.—Prudente conducta de Gonzalo en Barletta.—Grande ejemplo de la constancia, sufrimiento y perseverancia española.—Conquista de Ruvo, y prision de Chabannes, señor de la Palizza.—Tratado de paz entre Francia y España celebrado entre Luis XII. y el archiduque Felipe de Austria.—No le reconocen ni el Rey Católico ni el Gran Capitan, y prosigüe la guerra.—Famosa batalla y glorioso triunfo de Gonzalo en *Cerñola*.—Muere el duque de Nemours.—Derrota de Aubigny en Seminara.—Entrada triunfal de Gonzalo de Córdoba en Nápoles.—Sométese aquel reino al dominio de España.—Indignacion de Luis XII. y del pueblo francés.—Levántanse en Francia tres grandes ejércitos y dos grandes armadas.—Vienen dos de ellos á España.—Actividad de Fernando é Isabel.—Sitio de Salsas.—Ignominiosa retirada de los franceses.—Persigüelos el rey don Fernando personalmente hasta Narbona.—Pide treguas el francés.—Ajústase la tregua entre Francia y España.

Menester era no conocer absolutamente el corazon humano para esperar que el famoso tratado de parti-

cion del reino de Nápoles entre Francia y España fuese una prenda de paz y amistad entre los dos monarcas y las dos naciones, y no un gérmen funesto y un manantial fecundo de envidias y rivalidades, de tentaciones y abusos, de quejas y reclamaciones, de rompimientos, en fin, y de guerras entre los dos pueblos, de que habian de participar los estados de la desdichada Italia, centro y teatro en que habian de debatirse las discordias.

Faltábanle al famoso convenio todos los elementos que pudieran darle prendas de seguridad. Los principios de justicia no habian sido ni el móvil ni la base de la distribucion, y el derecho entre tres contendientes le fallaron dos de las partes interesadas, sacrificando á la tercera sin oírle. La buena fé que presidiera á la reparticion por parte de ambos monarcas podia suponerse, dado que los sucesos no la hubieran puesto en evidencia tan pronto. Provincias hermanas eran separadas violentamente y agregadas á pueblos que se regian por distintas leyes y tenian diferentes costumbres. Tropas hasta entonces enemigas se veian en contacto y á la presencia de los tentadores despojos que sus soberanos se habian repartido, y cuyos limites no se cuidaban ellas de deslindar. Y como si no bastasen estos elementos de discordias, habian quedado, ó por descuido ó de propósito, vaga y confusamente designadas en el tratado nada menos que tres provincias, el Principado, la Capitanata y la Basilicata, que era

natural intentase cada cual aplicar despues á su dominio, como asi aconteció.

Desde luego comenzaron las pretensiones de Luis XII. á la Capitanata, que de cierto no estaba comprendida en su partija, so pretesto de que sus provincias valian menos que las del Rey Católico; los soldados franceses por su parte se intrusaban en las plazas de la Pulla, y las ocupaban como si perteneciesen á su soberano. A reprimir estas invasiones volvió Gonzalo de Córdoba su atencion tan pronto como sometió á Tarento y á Manfredonia, que se rindió en seguida á sus oficiales. No conviniendo á Gonzalo romper inmediatamente la guerra con los franceses, por el número mucho mayor de fuerzas con que estos contaban en Italia, acordó verse y conferenciar con el duque de Nemours su general en gefe: mas de las pláticas que los dos caudillos celebraron en la ermita de San Antonio entre Atella y Molfi, lejos de resultar avenencia, no se obtuvo otra solución que la de remitir á la fuerza ó á la fortuna de las armas la parte que cada uno pudiera ocupar del territorio disputado, con lo cual la desgraciada Italia se vió condenada á ver reproducidas en su suelo las antiguas guerras de las casas de Aragon y de Anjou.

Franceses y españoles se culpaban mutuamente de haber llevado las cosas á aquel término. Pero evidentemente habian sido aquellos los primeros á invadir y á apoderarse de las posesiones adjudicadas á

España por el tratado. Por otra parte, sin negar nosotros las miras ulteriores que don Fernando el Católico abrigara respecto á la dominacion de Nápoles, en esta ocasion fué el monarca francés quien se mostró mas codicioso, mas descontentadizo y mas agresor. En sus quejas de desigualdad, y en sus pretensiones de indemnizacion, hartó hacia el Rey Católico en darle á elegir dos medios: ó remitir la disputa al fallo arbitral del papa y del colegio de cardenales, ó trocar entre sí la particion que tenian hecha. Ni á lo uno ni á lo otro se avino Luis XII., y no podía exigirse mas de Fernando. Pero lo que prueba mas que todo de parte de quién podía estar la culpabilidad del rompimiento, es la poca fuerza que el monarca español tenia á la sazón en Italia, comparada con la del francés, lo prevenido que aquel se hallaba para la guerra, y los medios amistosos y pacíficos que intentó Gonzalo para evitarla.

Por estas mismas razones, y por encontrarse además las tropas españolas no bien pagadas ni vestidas, el Gran Capitan se limitó, mientras daba lugar á recibir refuerzos y recursos, á concentrar los pequeños destacamentos que tenia diseminados por la Calabria; y habiéndolos reunido primeramente en Atella, allí donde antes habia sido aclamado con el título de Gran Capitan, tuvo por prudente retirarse con la mayor parte de sus fuerzas á Barletta, plaza fuerte en los confines de la Pulla á orillas del Adriático, distribu-

yendo el resto de su gente en los inmediatos puntos de Bari, Andria, Canosa y otros lugares. Era virey de Nápoles y general en gefe del ejército francés el duque de Nemours, de la antigua casa de Armagnac: el segundo en el mando, aunque el primero en inteligencia, en mérito y en reputacion era el veterano Aubigny: contábanse además otros ilustres y esforzados caballeros franceses, entre ellos Luis de Ars; Ivo de Alegre, hermano del famoso Precy; Jacobo de Chavannes, señor de la Paliza, favorito de Luis XII.; y el terrible Bayard, «el caballero sin miedo y sin tacha, *le chevalier sans peur et sans reproche* (1).»

Después de algunas vacilaciones entre los malavenidos caudillos franceses sobre la direccion que se habia de dar á la guerra, determinó el duque de Nemours bloquear á Barletta, tomando antes á Canosa, plaza que defendia con seiscientos hombres escogidos

(1) No es exacto que el caballero Bayard empezara entonces, como dice Prescott, la honrosa carrera en que habia de realizar todas las perfecciones imaginarias de la caballeria. Pedro Bayard, como otro Bertrand Du-guesclin, se habia señalado desde muy jóven en los torneos por su valor, y por la fuerza de su espada, de su lanza y de su hacha de armas. Se habia distinguido en la expedicion de Italia con Carlos VIII.; y en 1499, sirviendo á Luis XII., un dia persiguió con tanto ardor á los fugitivos milaneses, que se entró él solo tras ellos en Milan, donde fué hecho prisionero. Luis Sforza le restituyó noblemente la libertad.

Los escritores que tratan mas especialmente de estas guerras son, de entre los españoles, Bernaldez, en sus Reyes Católicos; Mártir, en su *Opus Epistolarum*; el autor de la *Crónica del Gran Capitan*; Zurita en los libros IV. y V. de la *Historia del rey don Hernando*; Abarca en sus *Reyes de Aragon*, tom. II.; Quintana, en la *Vida del Gran Capitan*; y de entre los estrangeros, Paolo Giovio, *Vitæ Illustr. Viror.*, *Vita Magni Gonsalvi*; Giannone, *Istoria di Nápoli*; Guicciardini, *Istoria d'Italia*; Bembo, *Istoria Viniziana*; D'Anton, y St. Gelais, *Hist. de Louys XII.*; Brantôme, *OEuvres*, *Memoires de Bayard*, par le *Loyal Serviteur*.

el esforzado Pedro Navarro. Este bizarro español, después de haber rechazado dos asaltos dirigidos por Bayard y los principales caballeros franceses, capituló por mandato del Gran Capitan, obteniendo tan ventajosas condiciones, que con un puñado de la gente que le había quedado, salió con banderas desplegadas y tambor batiente por en medio del campo enemigo gritando sus soldados: ¡Viva España! Aubigny fué destinado á ocupar las Calabrias, donde en otro tiempo había hecho la guerra, y Nemours se propuso estrechar la guarnición de Barletta y privarla de recursos devastando los campos vecinos. Para inquietar á los franceses en tanto que le llegaban refuerzos, apeló Gonzalo de Córdoba al sistema que con tan buen éxito había ensayado en Granada de las salidas y ataques repentinos, de las emboscadas, de las escaramuzas en guerrilla y otras operaciones irregulares, con que mortificaba á los franceses, no acostumbrados á esta táctica singular, les arrancaba el botín y les diezmaba sus destacamentos. Daba esto ocasion á diarios combates parciales, los cuales fueron convirtiéndose en célebres desafíos que dieron una fisonomía enteramente caballeresca á esta campaña.

Confesaban los franceses que los españoles eran tan buenos como ellos peleando á pie; pero añadian que sus ginetes llevaban mucha ventaja á los nuestros. Negaban esto último los españoles, y el altercado vino á parar en un mensaje que aquellos

enviaron á Barletta diciendo, que pues ellos querían mostrar al mundo quiénes eran, proponían un combate de once caballeros franceses con otros tantos españoles. Aceptaron los nuestros el reto: señalóse día y lugar para el combate, que fué el 20 de setiembre (1502) bajo los muros de Trani, campo neutral que cedieron los venecianos. Escogióronse los campeones españoles, entre los cuales se contaban el valeroso Diego de Vera y el forzado Diego García de Paredes, que hallándose con tres heridas en la cabeza no quiso faltar á aquel lance de honor. Dióseles por padrino á Próspero Colona, el segundo del ejército español, y el Gran Capitan los llamó á todos á su presencia, y los arengó exhortándoles á pelear como buenos y á ayudarse lealmente unos á otros. Entre los paladines franceses se señalaba el caballero Bayard (1). El día designado se presentaron en la liza unos y otros armados de punta en blanco y en caballos cubiertos con primorosos jaeces. Los padrinos les dividieron el sol, y dada por las trompetas la señal del combate, arremetieron con igual furia los combatientes. En el primer encuentro derribaron los españoles cuatro franceses, matándoles los caballos. En el segundo cayó un español, y asaltado por los cuatro franceses de á pie, le fué forzoso rendirse. Otro francés cayó del caballo sin vida, otro se rindió también á su contrario. Mezcláronse todos los combatientes, y estremeciéronse los

(1) O Bayardo, como decimos comunmente los españoles.

espectadores al ver correr la sangre de unos y otros por entre las armas. En esta confusa refriega solo dos franceses quedaron montados; uno de ellos era el caballero Bayard. Pero estos, atrincherándose detrás de los caballos muertos esperaron á sus contrarios, cuyos corceles espantados á la vista de los cadáveres se resistían á entrar. «Apeaos, les gritaba García de Paredes y pelead á pie, ya que á mí no me dejan las heridas que en la cabeza tengo.» Y quiso arremeter él solo, pero herido su caballo, tuvo que retirarse para no caer entre ellos.

Era ya puesto el sol, y los franceses movían partido diciendo que todos podían salir como buenos del campo, puesto que confesaban haberse equivocado en no tener á los españoles por tan diestros caballeros como ellos. Inclinábanse todos á aceptar el partido, menos García de Paredes que opinaba ser mengua no acabar de vencer á aquellos hombres ya medio rendidos. Y fijado de que no se siguiera su dictámen, habiendo perdido ya las armas, echó mano á las piedras que servían para señalar el término del palenque y comenzó á lanzarlas sobre los franceses. «Parece al leer esto, dice el biógrafo del Gran Capitan, que se ven las luchas de los héroes en Homero y Virgilio, cuando rotas las lanzas y las espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras, que el esfuerzo de muchos no podía mover de su sitio.» Admitióse por fin despues de cinco horas de combate el partido

que los franceses volvieron á ofrecer. Así lo aconsejó Próspero Colona, diciendo que el honor español quedaba satisfecho. Apeáronse todos, se cangearon los rendidos, los jueces declararon que todos eran buenos caballeros, habiendo mostrado los españoles mas esfuerzo y los franceses mas constancia, y cada cual se volvió á su campo. No satisfizo sin embargo al Gran Capitan el éxito del combate, pues hubiera querido que los suyos hubieran acabado de vencer á los contrarios. El honrado Diego de Paredes, á pesar de haber sido el que en la lid se opuso tan tenazmente á transigir con los enemigos, tomó entonces con loable generosidad la defensa de sus compañeros, y espuso á Gonzalo que harto habian hecho en hacer confesar á los franceses públicamente que los españoles eran tan buenos caballeros como ellos. «*Por mejores os envié yo,*» replicó friamente el Gran Capitan, y puso término á las contestaciones ⁽¹⁾.

Repetíanse frecuentemente estos retos y estas luchas particulares, ya de uno á uno, ya de tantos á tantos, hasta que cansados los franceses llegaron á esquivar las contiendas y á faltar á ellas, ó á responder que de ejército á ejército se verían. Pero hubo un desafío, notable por sus circunstancias, y en que la víctima merecida fué un español. Un oficial llamado Alonso de Sotomayor habia sido hecho prisionero en

(1) Cron. del Gran Capitan, c. part. II. c. 26.—Brantôme, Obras, 53.—Memorias de Bayard, c. 23. tomo III.—Quintana, Vidas, tomo I., p. 258 y sig.

guerra por el caballero Bayard, el cual le tuvo en el castillo de Monervino, tratándole con toda consideración, y bajo la sola garantía de su palabra. El español, después que recobró su libertad, fué publicando que le había tratado inhumanamente. El pundonoroso Bayard le desmintió, retándole á que probára lo contrario en singular combate, y Gonzalo de Córdoba le obligó á aceptarle so pena de castigarle como calumniador. Tuvo, pues, que salir al campo, escogiendo pelear á pie, por las circunstancias que en los dos contendientes concurrían. El español era alto, robusto y vigoroso; el francés pequeño de cuerpo, y se hallaba debilitado por unas cuartanas de que aun no estaba restablecido. Ambos entraron en el palenque armados de espada y daga, cubiertos de acero y con las viseras alzadas. Sotomayor se propuso aturdir á su contrario golpeándole atropelladamente; Bayard, mas ágil y mas diestro, burlaba los golpes de su enemigo, y consiguió herirle en un ojo: furioso el español alzó su robusto brazo para descargarle sobre su rival, pero éste aprovechó el movimiento para clavarle la daga en la parte que dejaba descubierta la juntura de la gola; la sangre salió á borbotones, y Sotomayor cayó muerto. Cuando los jueces adjudicaron la gloria del combate á Bayard, el caballero sin tacha mandó callar las músicas y se retiró sin jactancia diciendo que hubiera deseado que la lucha no tuviese tan trágico fin. Los españoles no dieron muestras de sentir-

lo, reconociendo que su indigno proceder había conducido á Sotomayor á tan desastroso fin.

Con estos combates caballerescos, en que se ostentaba cierta magnificencia y cortesanía, que, como dice un juicioso escritor, cubria con cierto viso parecido á civilización el feroz aspecto de aquellas edades, mantenía Gonzalo el ardor bélico de los suyos, y entretenía al enemigo, dando lugar á que mejorara su situación, que era por cierto bien poco lisonjera, sin víveres, sin vestuario, y sin pertrechos de guerra para su escaso ejército. Ni fondos ni hombres llegaban de España, los franceses estrechaban cada vez más á los de Barletta, y Fernando parecía tenerlos olvidados. El Gran Capitán, cuyo espíritu no decaía nunca, se esforzaba por dar aliento y esperanzas á sus soldados, valiéndose á veces de ardidés, como el de fingir que había llegado un gran cofre lleno de oro, pero que lo reservaba para un caso estremo. Unos no lo creían, y otros lo tuvieron por verosímil, mediante á haber arribado dos barcos de Sicilia y Venecia con vestuario y algunos pertrechos. Mas el buen efecto de este pequeño auxilio se neutralizó con la triste nueva de haber derrotado Aubigny dos cuerpos de ejército que iban de España y de Sicilia. De modo que Aubigny dominaba toda la Calabria, el almirante francés cruzaba con su escuadra el Adriático cortando toda comunicación y socorro, y la situación de los de Barletta era ya tan apurada, que solo la prudencia de Gonza-

lo, su impasibilidad y hasta su aparente alegría en los sufrimientos, y el amor y el respeto que había sabido inspirar á sus soldados, pudieron evitar una insurreccion; antes lo admirable fué que en un sitio tan largo y penoso, y en medio de aquel abandono, y de las escaseces, privaciones y penalidades, no se oyera un solo murmullo, ni se notara un solo síntoma de insubordinacion.

Así las cosas, y llegado ya el año 1503, cansados y hasta irritados los franceses de la constancia inalterable de los españoles, determinó Nemours salir de Canosa, cruzó el Ofanto, tomó posiciones al pie de los viejos muros de Barletta, y envió un mensaje al Gran Capitan provocándole á batalla. «No acostumbro á combatir, respondió Gonzalo con mucha sangre fria, cuando á mis enemigos se les antoja, sino cuando la ocasion y las circunstancias lo piden: así esperad á que mis soldados tengan tiempo de herrar sus caballo y limpiar sus armas.» El general francés, viendo que no había medio de comprometer á su sagaz enemigo, levantó el campo y se fué retirando con cierta confianza de vencedor. Entonces de órden de Gonzalo salió el esforzado Diego de Mendoza con toda la caballería, alcanzó la retaguardia del enemigo que marchaba sin precaucion, trabó con ella una pequeña escaramuza, fingió retirarse hasta donde estaba la infantería española que había salido á protegerle, viéronse los franceses atacados de improviso por los flan-

cos, volvió grupas el intrépido Mendoza, los franceses fueron envueltos y arrollados, y cuando el duque de Nemours supo la derrota de los suyos, ya estaba Mendoza con los prisioneros al abrigo de las murallas de Barletta (1).

La fortuna comenzaba á sonreír á los sufridos españoles. El almirante Lezcano batió y derrotó en las aguas de Otranto la escuadra francesa, con lo cual quedaron libres los mares, y pudieron á poco tiempo arribar á Barletta siete naves sicilianas cargadas de provisiones para los sitiados, que bien las habían menester despues de tantas privaciones y escaseces. La ciudad de Castellaneta, á seis leguas de Tarento, exasperada por los excésos de los franceses, había tomado la resolución de entregarse á los españoles Luis de Herrera y Pedro Navarro. Y como el duque de Nemours saliese de Canosa, respirando venganza, á castigar la poblacion rebelde, aprovechó Gonzalo aquella ocasion para ponerse aceleradamente con casi to-

(1) Entre los prisioneros de esta accion se hallaba el capitan francés La Motte, el cual, cenando aquella noche con Mendoza, soltó espresiones injuriosas á los italianos, añadiendo que era una pobre gente para la guerra. Defendiólos el español Inigo Lopez de Ayala, pero el francés mantuvo su dicho y se ofreció á hacerlo bueno en el campo. Súpolo Próspero Colona, y queriendo vindicar la honra de los de su nacion, aceptó el reto del francés, y propúsole un combate de trece contra trece con armas iguales. Gonzalo de Córdoba aprobó el duelo y les aseguró el campo. Realizado el combate, salieron vencedores los italianos, y llevando á todos sus contendientes prisioneros, menos uno que murió en la liza, se presentaron orgullosos al Gran Capitan, que los protegió como aliados, y los obsequió con un banquete y los honró con distinciones.—Todos los historiadores italianos refieren larga y minuciosamente este suceso con cierta jactanciosa complacencia.

das sus fuerzas sobre la plaza de Ruvo, que defendía el valeroso comandante francés Chabannes, señor de La Paliza. Al amanecer cayó el ejército español sobre Ruvo, habiendo andado de noche las catorce millas que la separan de Barletta. A las cuatro horas se hallaba rota la muralla, pero no fué tan fácil penetrar por la brecha, porque los franceses la defendieron por espacio de siete horas con heróico brio, como mandados por tan bizarro capitán. Corrió la sangre de españoles y franceses en abundancia. Al fin rompieron los nuestros aquel parapeto de carne, entraron en la plaza y arrollaron el resto de la guarnición. La Paliza herido se arrimó á una pared, donde se hizo fuerte con su espada contra la multitud que le rodeaba y acometía, cuyo hecho nos recuerda el de don Alonso de Aguilar apoyado en una roca de Sierra Bermeja luchando solo con una muchedumbre de moros. Herido por muchas lanzas el francés y derribado al suelo de un golpe en la cabeza, todavía tuvo espíritu y arrogancia para arrojar su espada, diciendo, á guisa de caballero andante, que no quería entregarla á la gente villana que le hacía prisionero. El Gran Capitán mandó dar libertad y tratar con todo respeto á las mugeres que se habían refugiado en los templos, recogió el botín, y logrado el objeto de la expedición, se retiró á Barletta con la misma precipitación, llevando consigo prisioneros de gran valía (1).

(1) D'Anton, Hist. de Louys XII. part. II. c. 34.—Chron. del Gran

A estos los trató con la mayor consideración; con los soldados usó de mas dureza, enviándolos á servir de remeros en las galeras del almirante Lezcano. Con cerca de mil caballos que cogió al enemigo montó otros tantos soldados suyos, los cuales no ansiaban sino ocasiones de ir al combate, enardecidos y orgullosos de que los vieran montados en caballos franceses.

El duque de Nemours, con la noticia de la marcha de Gonzalo á Ruvo, abandonó la empresa de Castellaneta por acudir al socorro de aquella plaza: mas cuando llegó frente de sus muros vió ondear en ellos la bandera española, de modo que por atender á dos partes perdió una plaza y se quedó sin recobrar la otra. Volvióse, pues, á Canosa mustio y arrepentido de haber salido de aquel punto.

A poco tiempo se vió Gonzalo reforzado con dos mil mercenarios alemanes, reclutados y enviados por don Juan Manuel, ministro embajador de España cerca del rey de romanos. Alentado el Gran Capitán con este refuerzo, escaseando los víveres para tanta gente en Barletta, amenazando ya la peste en tan estrecho recinto, y aprovechando el ardor que á sus soldados habían infundido los anteriores triunfos, determinó abandonar ya aquel punto y medir sus fuerzas con el enemigo en formal batalla: llamó á

Capitan, c. 72.—Giovio, Vit. Illust. lib. V. trac. Vir.—Guicciardini, Ist. li-

Navarro y á Herrera, y sin vacilar mas, salió con todo su ejército de Barletta (abril, 1503), «lugar por siempre memorable en la historia, dice con mucha razon Prescott, como teatro de los extraordinarios padecimientos é invencible constancia de los soldados españoles (1).»

Antes de dar cuenta del importantísimo resultado de este movimiento para Francia, para España y para Italia, y en que aventuraba el Gran Capitan su reputacion como guerrero y como súbdito, espondremos brevemente el estado en que se hallaban las negociaciones diplomáticas que se habian seguido entre Francia y España, al tiempo que Gonzalo salió de Barletta.

Habiendo recaído la herencia de los reinos de Castilla y Aragon por muerte de los príncipes don Juan, doña Isabel y don Miguel, en la princesa doña Juana, hija de los Reyes Católicos, casada con el archiduque Felipe de Austria, hijo del emperador y rey de romanos, vinieron los príncipes herederos á España (enero, 1502), donde á poco tiempo fueron jurados y reconocidos como tales, no solo en las córtes de Toledo (22 de mayo) sino tambien en las de Zaragoza (27 de octubre); siendo de notar la gran política y el diestro manejo que el rey Fernando debió emplear en esta ocasion con los aragoneses, para que estos casi sin oposicion y contra la costumbre del reino juráran por heredera de la corona aragonesa á la princesa doña Juana y al

(1) Hist. del Reinado de los Reyes Católicos, part. II. cap. 42.

archiduque don Felipe como su legítimo marido (1).

Pero el jóven archiduque, ligero y frívolo, mas afecto á las costumbres francesas que á las españolas, como la comitiva flamenca que habia traido, no solo se mostró indiferente y desdeñoso á los obsequios y distinciones con que habia sido recibido y agasajado en España, sino que sorprendió á todos con la resolucion que manifestó de volverse inmediatamente á Flandes, solo y sin la princesa su esposa, á quien lo adelantado de su embarazo no le permitia acompañarle. Ni los ruegos de doña Juana que le amaba con innmerecido delirio, ni las tiernas y prudentes reflexiones de la reina doña Isabel su madre, que se hallaba gravemente enferma, ni las razones del rey, ni el disgusto que de ello mostraba el reino, nada bastó á detener al irreflexivo mancebo, y fué menester complacerle. Pero no era esto solo. Enpeñóse don Felipe en hacer su viage por Francia, por donde antes habia venido á Castilla; y como á su venida hubiese entablado relaciones de amistad con el monarca francés Luis XII, pretendió ahora con ahinco ser el encargado de arreglar con aquel soberano las negociaciones pendientes entre Francia y España, sobre la particion y sobre la guerra de Nápoles. Harto repugnaba ya á los Reyes Católicos la ida del príncipe á una nacion con la cual estaban en guerra, cuanto mas

(1) Blancas, Coronaciones, libro III. cap. 20.—Abarca, Reyes de Aragon, tom. II. Rey XXX. c. 42.—Zurita, Rey don Hernando, lib. IV. c. 5.